

## *Sobre la escritora Gilma Alicia Betancour Maradiaga*

Gilma Alicia Betancourt Maradiaga, historiadora con Maestría en Historia Andina, integrante del Centro de Estudios de Género, Mujer y Sociedad de la Universidad del Valle, ha trabajado como profesora en diversas universidades, siendo durante veinte años maestra de las cátedras de Filosofía, Historia y Economía en el Liceo Benalcázar de Cali. En la actualidad trabaja como profesora independiente realizando cursos libres de historia e historia del Arte para adultos. Investigadora diligente, ha publicado artículos sobre historia de la mujer colombiana en libros y en revistas académicas, entre ellas Hojas de Warmi, de la Universidad de Barcelona, y esta misma publicación, *La manzana de la discordia*. En 2012, fue una de las ganadoras de la sexta edición del concurso de RCN y del Ministerio de Educación Nacional, con el cuento “Pulgarcita”.



Sobre su oficio de escritora, Gilma nos dice:

Escribo cuentos, relatos y poemas desde hace aproximadamente seis años, lo hago porque no he podido dejar de hacerlo, porque la escritura me llegó como un reclamo, una necesidad imperiosa, un camino, un desafío, un goce, un reto, ése que viene del perderse y encontrarse a través del texto, del gozarse las palabras, degustarlas, darles vuelta e irlas tejiendo. Necesidad de abrirme a las historias, ésas que me son y no me son propias, que nacen de la imaginación o del recuerdo y que al escribirse toman vida por sí solas. Historias que hacen pensar, que muestran salidas y que en ocasiones pueden servirnos de espejo, mostrarnos fragmentos de aquello que somos, de lo que podemos llegar a ser y hacer. Escribo porque simplemente no he sabido, no he podido dejar de hacerlo.

# Cuentos fatales

Gilma Alicia Betancur

## Desconsideración

Conversaban. ¿Conversaban? ¡No! ¡Qué va! Ella hablaba. Lo hacía de modo irrefrenable, hablaba como si no fuera a callarse nunca. Entre tanto Daniel intentaba seguirle el paso y mantener el ritmo de la conversación. Lo hacía cada vez con mayor dificultad, exigido como estaba por el paso rápido de Yulieth y su inacabable perorata.

De repente ella se sintió abandonada, sola en medio de la calle. Por primera vez volteo a mirarlo, pero él no estaba. Parecía tal y como si se lo hubiera tragado la tierra.

Entonces lo oyó, la llamaba a todas voces: “¡Yulieth! ¡Yulieth! ¡Ayúdame, sácame de aquí! Mira que tratando de alcanzarte me he caído en la alcantarilla”. Ella miró a todos lados frunciendo el ceño, parada donde estaba, analizando el panorama. ¿Qué debía hacer? ¿Qué quería hacer?

Entre tanto la calle se iba poblando, llenándose de curiosos que deseaban saber lo que pasaba con el hombre que gritaba así. Dudo un instante sintiéndose embargada por la vergüenza. ¿Cómo era posible que él fuera a caerse así, justo en una de esas profundas y apestosas alcantarillas? ¡Que inepto! ¿Cómo no se había fijado? ¿Es que acaso no le habían enseñado en su casa lo importante que es mirar al piso? ¡No, era el colmo de la torpeza, de la desconsideración! Y como si eso fuera poco, no se le había ocurrido nada más que agarrarse a gritar llamándola como un loco.

Reconsideró de nuevo los hechos y tomó una decisión: si él se había metido en ese problema que él mismo lo solucionara, a ella que la dejara en paz. Se volteó en dirección opuesta a la procedencia de los gritos y salió aprisa en búsqueda de un refugio que la distanciase del bochorno y la librería de los efectos de tan infame **desconsideración**.

## Destino manifiesto

Jaime salía en las noches a cazar vampiros. Lo hacía como un destino manifiesto, sobre el que le gustaba pensar, era algo importante para el bien de la humanidad.

Por ello con frecuencia se veía a sí mismo como el héroe de las historias que le contaba su tía Inés durante su niñez. Se asumía a sí mismo como ese ser conmovedor e inenarrable que lo arriesgaba todo con el único fin de promover la salvación del género humano, tan amenazado y frágil.

Con el fin de dar curso a su tarea fue desarrollando toda la parafernalia propia de su rol. Sombrero de ala ancha, chaqueta y botas altas de cuero. La barba sin afeitar, cara de quien no ha dormido cuanto menos en una década. Tampoco olvidaba llevar consigo la consabida estaca y el collar de ajos en salmuera, único capaz de ponerlo a salvo del asedio de los vampiros. Así que noche a noche se soslayaba en el ímpetu propio del carácter y magnitud de la empresa, casi tanto como en lo sórdido y letal de su personaje.

Por ello vecinos y parientes lo veían salir noche a noche, sin otra compañía que su linterna. Se iba entonces, siempre en la misma dirección, la del cementerio, donde el silencio de las tumbas guardaba para este visitante algo de consideración y reconocimiento, impulsándolo a continuar con su tarea.

Si, Jaime salía por las noches a cazar vampiros y su gesta sin lugar a duda habría sido un éxito, de no ser porque para infortunio suyo y goce de la doliente humanidad, todos los vampiros del lugar, para ese entonces, hacía ya tiempo estaban muertos.

**Liberación**

*Para William Betancourt,  
Mi padre y mayor filósofo,  
con todo mi amor*

Tenía los ojos abiertos pese a la obscuridad, pero eso no era de extrañar. Llevaba años así, inmerso en un insomnio permanente.

Empezaba a amanecer, vio la sombra de su amigo tumbado a los pies del camastro y un esbozo de sonrisa se dibujó en su rostro. Era ¡tan joven!, no como él, a quien la vida le pesaba en el cuerpo y en el alma, en el hígado y en el corazón; pues a pesar de haberse propuesto pensar, antes que sentir, debía aceptar que los sentimientos muchas veces habían ganado la batalla.

Un rayo de luz lo llevó a decirse que aún era tiempo para cambiar su decisión. Irse sería en apariencia lo más conveniente, pero él nunca se había guiado por tal criterio, más bien por el contrario, de ahí que no se iría. A decir verdad, pensar la sola posibilidad de marcharse le daba náuseas. ¡No! ¡No se marcharía jamás! Así nadie lo entendiese, sobre todo Jantipa.

Recordó a la mujer, sus lágrimas, la amargura que enturbiaba su mirada y que debería encarar más tarde cuando llegara a despedirse. El gesto de tristeza fue inmediato. Pobrecilla, pensó, cuán sola y perdida estaría de ahora en adelante, cuanto habría de sufrir y que insoportable sería su dolor para todos quienes la rodearan. Rió, con algo de sorna al imaginar la situación. Por la vida práctica no se preocupaba, de ella se encargarían los amigos, hacía años que venían haciéndolo, ni Platón, ni Aristófanes, mucho menos Critón, la abandonarían jamás, por mucho que los sublevase la forma como ella lo trataba, o les irritasen los reclamos con que siempre lo abrumaba.

¡No! Lo difícil sería transitar el camino del espíritu. Dejar de estar juntos después de tantos años. Nadie lo entendería, ¿cómo hacerlo? Para muchos él era la víctima de ese ser grosero e inconsecuente, que era ella, que no dudaba en manotear e insultar a todos cada vez que se sentía alterada, cosa que pasaba a diario y de manera frecuente. Por ello, no eran pocas las miradas de lástima que él recibía. Rió de nuevo al pensar en que hubo incluso quien pensó que soportar a Jantipa era una suerte de expiación

filosófica para Sócrates, una ruta a la virtud.

Lo que muy pocos conocían era cuánto él la amaba y cuán ligera había sido para él aquella carga; de qué modo fueron convenientes sus exabruptos para ambos, sobre todo porque ella decía aquello que él debía callar. Ella llamaba a su risa, afilaba su lengua y su razón, gracias precisamente a aquella irracionalidad que era tan suya, y que vista de un cierto modo, casi podría decirse razonable. Cuán perdido habría estado él si no la hubiese hallado en su camino, si ella no guiara sus pasos por este mundo que a él tan poco le importaba; si ella no lo liberara frecuentemente del peso de sus propias dudas y reflexiones, de la difícil prisión de su sabiduría.

Ella había sido ese perro fiel que se lame las heridas sin dejar de gruñir y ladrar. Ese al que no espantan los bastonazos que se le dan, ni los terrones de tierra que se le tiran. Aquel que todo lo soporta: el hambre, los silencios, la soledad y los golpes. Ese que haciendo oídos sordos a las quejas, que sobre él se emiten, te sigue, haciendo menos duras las horas de penuria, que se echa a tu lado al caer la noche con un gesto que solo en él puede llamarse compasivo.

Era precisamente esa gran ternura la que siempre los había unido, ese ser cómplices entre los cómplices, compañeros eternos, complementos perfectos, como lo fuera la alegría de la tristeza, la ignorancia de la sabiduría o el error de la virtud. Ella y sólo ella lo había amado tal como él era, frágil y débil. Un hombre apenas más prudente que los otros y tan sólo algo más sabio.

Ahora Jantipa quedaría sumida en su soledad y esta última y final traición la desbordaría por completo, de manera que para Sócrates no sería posible hacerse más el sordo. Sintió las lágrimas corriendo por sus mejillas e intentó pasar el trago amargo, pero lo pastoso de su boca y el nudo en la garganta se lo impidieron. Era el dolor de la ausencia presentida, ésa que se le develaba insoportable. Allí en medio de las sombras venideras la extrañaría más que a la luz del sol, anhelándola a su lado, tanto como ahora.

Frotó nuevamente sus pies adoloridos e hinchados por los grilletes y pensó en su cuerpo fatigado, ese otro detalle, que irónicamente también había ignorado al desafiar a los jueces y a su condena. ¡Ah! ¡Como amaba la parca reírse de la filosofía!

Helios y Eos, la de los rosados dedos, culminaban su tarea, la luz irrumpía dentro de la sombría instancia aclarándolo todo. Sócrates miró ese nuevo amanecer sin nostalgia, no, no sería esta vida precisamente lo que más extrañaría. Dejó escapar una plegaria de sus labios, para pedir a la divinidad le otorgase también a él, el privilegio de la luz. Especialmente cuando llegasen los amigos, tan queridos y tan pertenecientes. Ya no serían ellos quienes habrían de seguirle para entrar en la profundidad del diálogo, no se someterían más a las inclementes preguntas de su aguda ironía. Más bien, de ahora en adelante sería él quien les seguiría, no como sombra, que ni siquiera en dicha forma estaba dispuesto a abandonar Atenas, más bien como recuerdo o pertenencia.

Sí, ellos serían de ahora en adelante dueños universales de su legado, tanto de su vida como de su muerte, de su pensar, de su decir, del Mythos que seguramente erigirían en su honor o detrimento. Serían los últimos testigos de lo que fuera su existencia. Ellos, no sus hijos, contemplarían sus últimos momentos y guardarían para sí la final exhalación que liberaría a su alma.

De ahora en adelante ellos habrían de ser Sócrates, se dijo y suspiró aliviado ante esta liberadora revelación. Rio al constatar como finalmente la divinidad se compadecía de quien fuera su siervo y su profeta. Liberado, finalmente de sus cargas, Sócrates extendió los brazos, relajó los músculos de su agotado cuerpo, se tendió en la cama y por primera vez tras muchos años de insomnio, se durmió.

## **Terrible**

Minúsculo, absurdamente insignificante, mínimo. Así se sintió Parménides tras descubrirlo. No sabía bien como había sucedido, simplemente pasó y todo lo que hasta entonces creyó o vivió se rompió en dos.

Atrás quedaban la certeza y la seguridad de lo visto, lo olido, lo escuchado o percibido. Toda su experiencia sensible se banalizada, se tornaba intrascendente, aparente. Marginal como él mismo, como su propia existencia terrenal. No pasaba lo mismo con las ideas, con la luminosa razón que de tan iridiscente como era le dejaba ciego para todo lo que no fuese ella misma. Razón que ahora llenaba todos los espacios, inaugurándolos con su presencia, transfigurándolos, desarraigándolos de toda seguridad o sentido, tan solo para resignificarlos.

Quiso hacerse una imagen de su descubrimiento pero no pudo, hasta ese punto desbordaba su imaginación. Echó entonces mano de la analogía y supuso a este SER esférico. Lo hizo pensando en la grata perfección de la figura y en la belleza de sus movimientos. Sabía no obstante que sería un error pretender que "Él" fuera así, porque su definición y esencia negaban toda forma y movimiento. Es más, el cambio le resultaba refractario, inadmisibile.

¿Qué lo llevó entonces a aquello de la forma? Sin dudas, esta ineludible humanidad que le agobiaba casi que le exigía buscar alguna clase de determinación o magnitud. Lo terrible de esta búsqueda era que siempre acababa en lo mismo: él puesto de narices ante la angustia de reconocer que perfecto, absoluto, eterno, infinito y finito no cuadraban. No lograba comprender la perfección como infinitud, pues esto sería sinónimo de indeterminación. ¿Cómo entonces abarcar en una figura lo inabarcable? ¿Lo desbordante?

Cayó en un mutismo transitorio, se miró a sí mismo en el reflejo de las aguas y asumió de una vez y para siempre el gesto que a partir de entonces habría de acompañarle, la mirada impenetrable, el gesto taciturno y serio, acorde presencia para lo que Parménides bien sabía le cabría de ahora en adelante: el pensar, el decir, el SER.

**Reconocimiento**

Conozco tu estrategia, sos un gato, como tal te ocultas y te alejas, te escondes y de pronto cuando ya no se te espera, apareces, te dejas ver... igual de seductor y fascinante... una tentación para los ojos, para la vida, para mis manos, me provocas y haces que quiera verte, tocarte, acariciarte, jugar contigo, pero cuando extiendo los dedos ya te has ido; a veces, sin embargo, te aproximas cauteloso y ronroneas a mi lado, entonces toda la ternura se esparce por mi alma y hace cantar mi corazón, pero te sé de siempre y ese momento eterno no habrá de perdurar más que un instante. ¿Cómo podría hacerlo?. Los que amamos a los gatos lo sabemos. Nunca nadie podrá tenerte más allá de lo que tú quieras, vendrás, te irás a los tejados de otras gentes en el incesante deambular de tantas noches, de pronto volverás tal vez para jugar conmigo y entonces no importarán ni la ansiedad ni la duda, porque con tu llegada soñaré, soñaré que un día tal vez te quedes y te dejes arrullar por el compás de mi corazón... conozco tu estrategia, SOY UN GATO.